



ECONOMIA Y HOMBRE

Por GERMAN BERNACER

Se incurre con harta frecuencia en el vicio intelectual de materializar excesivamente los hechos económicos. Se olvida demasiado que en Economía siempre detrás de las cosas está el Hombre, y que en lo económico, el Hombre es lo principal.

Podrá parecer paradójico que quienes más incurren en semejante vicio sean los teóricos que corrientemente más hablan de influencias y factores psicológicos en la explicación de los fenómenos económicos. No lo es. Precisamente ahí está la mayor pieza de convicción de su pecado de materialismo. ¿Es que, cuando no se habla expresamente de factores psicológicos, trátase de influencias materiales en que el hombre y su mentalidad dejan de contar para nada? ¿Es que hay algo en Economía que no sea esencial y fundamentalmente psicológico, puesto que es el Hombre quien lo hace y para quien se hace? En la representación que nos ocupa y en que nuestra atención se halla embargada, el actor es el Hombre: lo demás son bambalinas, papel pintado y artículos de guardarropía. ¿Podemos hacer consistir en tales cosas, ni por un momento, el nervio de la acción, dramática que se desenvuelve en la escena?

Donde mejor quizás que en ningún otro ámbito de la Economía se observa el mal que comentamos es en el círculo de los acontecimientos monetarios. Prototipo de esa mentalidad materializante es la teoría cuantitativa de la moneda, tal como anida en la cabeza de muchos que la manejan y la aplican.

En sus razonamientos y en sus actos se denota la idea de una relación unívoca entre dinero y valores. La cifra de pesetas es barómetro inconcuso de inflación; no importa quien tenga esas pesetas ni para qué las use. El Hombre—no el hombre económico que es una abstracción anodina, sino el ser humano con toda su complejidad—se nos ha escamoteado por completo: no nos queda entre las manos—para juzgar el fenómeno económico—más que una cifra: el numerario, la materialidad de unas unidades monetarias que, para mayor ironía, no son nada positivo, sino pedazos de papel litografiado, guardarropía pura.

* * *

Cada vez que las circunstancias han planteado el problema de la variación del valor del dinero, del encarecimiento de la vida—y la realidad lo plantea asaz a menudo—se han enfrontado dos opiniones: la de los *dineristas* y las de los *mercantilistas*, la de quienes ven en la abundancia de dinero la causa del encarecimiento y la de quienes la ven en la escasez de las mercancías: Ricardo frente a Tooke, a raíz de las guerras napoleónicas, Fisher frente a Laughlin, después de la Gran Guerra del 14, por citar únicamente dos grandes momentos históricos de este drama monetario y social.

Mas lo cierto es que ninguna de las dos opiniones contrapuestas tiene toda la razón ni la completa sinrazón. En un hecho que es indudablemente relativo, no puede tener razón plena nadie que prescindiera de uno de los dos términos de la relación. La creación de dinero evidentemente acre-

ce la demanda de las cosas que se compran con dinero.

Pero si imaginamos que esa demanda pudiera ser indefinidamente satisfecha sin mayor dificultad o coste que se satisface la demanda corriente, no habría motivo para que subieran los precios, y realmente no habría inflación de ellos por el hecho de que se creara dinero. Lo que habría es aumento de producción, cosa que no puede considerarse un suceso nefasto al igual que el encarecimiento de la vida.

Cuando hay motivos para una escasez particular de las cosas comprables por dinero, como ocurre en una ciudad sitiada, el precio de ellas sube desmesuradamente sin necesidad de que se cree dinero nuevo.

De considerar parcialmente las cosas, nacen ideas y políticas encontradas, que no puede decirse que sean acertadas, ni tampoco absolutamente erróneas. Son parciales y, en consecuencia, deficientes.

Los inflacionistas, los partidarios de crear dinero para resolver los problemas económicos acuciantes, miran que en nuestra sociedad actual hay ordinariamente un gran número de fuerzas desaprovechadas, de capacidad de producción no utilizada, de obreros parados, de tierras baldías, de fábricas a media producción, de ahorros ociosos, de gentes todas que no quisieran nada mejor que ocuparse productiva y remuneradamente. Proporciónese—dicen los inflacionistas—medio de que esto se haga, dénese a las iniciativas recursos de que se carece o que no van a ponerse espontáneamente a su disposición. Ello puede causar alguna elevación de precios, mas esa elevación es estímulo necesario para que la producción aumente, se absorba el paro y la riqueza se fomente y difunda. Tal es la concepción de quienes sienten que hay principalmente un obstáculo mecánico de origen monetario que se opone a la expansión de las fuerzas productivas y piensan que, removido ese obstáculo, va a quedar resuelto por ensalmo el problema de la miseria.

Tan laudables objetivos no pueden ser razonablemente discutidos por sus contrincantes, pero ellos niegan que se puedan realizar por tan simples caminos. Contemplan lo inestable y precario de las fugaces prosperidades nacidas de las maniobras monetarias; temen sobre todo esa forma artera y subrepticia del dinero creado por los bancos merced al crédito, al parecer inocua y aun providencialmente, pero que va montando situaciones inestables que prorrumpen de pronto en aparatosas crisis financieras, mal explicadas todavía, que siembran la ruina por doquier.

Unos y otros descuidan un aspecto más esencial de la cuestión: que la inflación o no inflación no se hallan tanto en las estadísticas de los bancos cuanto en los escaparates de los comerciantes. Cuando los cartelitos que marcan los precios de las subsistencias se remudan con frecuencia acusando elevaciones constantes, es evidente que, si la cantidad de dinero en el bolsillo de las gentes no sigue un proceso paralelo, acaso no habrá inflación de los balances banca-

rios, pero habrá de seguro deflación de los estómagos y de los cuerpos.

Naturalmente que, cuando hay escasez, por cualquier causa que sea, esta última deflación es indispensable en algún grado, ya que la escasez no hay más que dos procedimientos de conllevarla, que han de combinarse en lo posible: consumir menos y producir más.

Esto es lo que consigue en principio la elevación de los precios que, por una parte, opone al consumidor una rémora a consumir mucho, y por otra, estimula al productor a producir más, bajo el incentivo de la ganancia. A condición de dos cosas: primera, que el productor, en la acepción restringida de empresario, no encuentre demasiadas dificultades, pues de lo contrario el estímulo se gasta y agota en vencerlas, sin resultado práctico en definitiva; segunda, que el consumidor—al mismo tiempo, también productor en la más amplia significación del término—no llegue a sentirse demasiado deprimido por no hallar en el trabajo el fruto suficiente que reclaman imperiosamente sus tejidos orgánicos y sus células cerebrales.

Ved aquí puesto de relieve, cuánto bizantinismo hay en discutir si la causa primera del encarecimiento está en la poca actividad de los productores o en la excesiva de los banqueros. No es una cuestión de principios, sino una cuestión de medida. La privación es necesaria en ciertos límites. Si no se impone en la medida precisa, si se sigue una política de facilidad alimentando los bolsillos de los consumidores en proporción de lo que los precios suben, se crea un círculo vicioso, puesto que la elevación de los precios no surte su efecto de restringir el consumo, y, como la escasez prosigue y los compradores compiten por obtener lo necesario con medios acrecidos, van elevándose más los precios, lo que exige nuevo acceso de recursos, y así sin término ni fin, acabaríamos por caer en el torbellino de la inflación.

* * *

En todo esto se halla implicada una cuestión de mayor hondura moral: la de la estructuración de la sociedad.

La desigualdad de los hombres es un hecho natural socialmente conveniente, incluso necesario, en cuanto ofrece al individuo estímulos de superación. Es una condición de avance, de progreso, de perfeccionamiento individual y colectivo. La igualdad es el pantano, el desnivel es el río (aunque pudiera ser el torrente si resulta el desnivel demasiado grande).

Mas las desigualdades sociales no son tan sólo aquellas que nacen de un diferente premio al que trabaja más o con más eficacia. Hay también las desigualdades, no tan útiles, entre unos que tienen y

“otros que, por no tener, con oficios no debidos se mantienen”.

El conflicto entre los que tienen mucho con poco esfuerzo y los que tienen poco ganándolo con gran trabajo se desenlaza, cuando llegamos al momento final en que los recursos monetarios se resuelven en adquirir productos de consumo, engendrando

una desigualdad flagrante en el reparto de lo que escasea. De aquí el fracaso del sistema de mercado libre. Para que los pudientes se hubiesen de privar de lo superfluo sería menester que los precios subiesen tanto que los menesterosos no alcanzasen lo indispensable. Ante tal deficiencia, otro mecanismo ha de suplir al de los precios, incapaz de realizar en tales condiciones una distribución equitativa. De aquí las tasas, racionamientos, etc.

La solución teórica del problema sería rectificar las injusticias de la organización social, pero pretender esto de la noche a la mañana es caer en la utopía. Mucho habrá que corregir para que la sociedad que hemos heredado de nuestros mayores se acerque a la sociedad ideal; pero esto es materia de lentos perfeccionamientos, de progresos costosos en que la ciencia económica habrá de colaborar intensamente. Soñar en cambios bruscos cuando aun no conocemos el camino para llegar, es hacer abortar de manera lamentable cuanto hay de noble y legítimo en esa ansia de perfección que es de esencia divina, en ese ideal de sociedad buena y justa, tierra de promisión que siempre está más allá, pero en cuyo anhelo hemos de vivir casi tanto como en el de la gloria perdurable...

* * *

Descartada la posibilidad inmediata de ideales utópicos cuya realización es del dominio en todo caso de la Historia y no de la Política, el político se ve en la necesidad de adaptar sus planes a una realidad que no puede modificar *in actu*, y entre cuyas imperfecciones tiene que buscar, no la solución óptima, sino la solución viable que permita salir del embrollo y esperar tiempos mejores.

No se olvide, empero, que el único modo de romper el anillo que nos podría abogar consiste en desarrollar la *productivité humaine*, precios altos o bajos, cuando haya para todos, todo irá bien. Antes ni después ni con más ni con menos dinero, tendremos ni más ni menos que lo que produzcamos.

Siempre se vive en una cierta autarquía en el sentido de que hemos de vivir de lo que producimos. Gratis nadie nos da nada. Pero ya que no en cantidad, en circunstan-

cias normales podemos aspirar a que en calidad otros nos proporcionen algo a cambio de nuestro trabajo o, lo que es lo mismo, de lo que sepamos hacer con él. Ahora, no; estamos reducidos en cantidad y calidad a lo nuestro.

Afortunadamente, lo nuestro es lo más básico, porque es lo que nutre, lo que se halla en potencia en nuestro suelo y en nuestro cielo. Sólo hay que llevar cuidado de no herir las fuerzas básicas de la producción, los estímulos vitales del trabajo.

Para ello hemos de tener en cuenta ante todo las cualidades de nuestro pueblo y de nuestra raza, su psicología, su carácter, su idiosincrasia. No miremos a otros pueblos que acaso son distintos, que tienen sus instintos diferentemente calibrados y cuyas costumbres y moral son otras. Todos seres de carne, criaturas de Dios, el vestido que va bien a unos no conviene siempre a los otros. Y es que, en cualquier punto que arañemos la epidermis de lo económico, aparece siempre, con su individualidad fuerte y acusada que es todo su ser, lo único esencial en la Economía: el Hombre.

* * *

La política económica, no menos que toda otra política, es ponderación, tacto, mesura. En esto se halla, el secreto de que los teóricos y los técnicos no sean ni con mucho los mejores políticos. Su visión suele ser demasiado parcial y exclusivista, demasiado absoluta, excesivamente doctrinaria, y cuando se trata, como muy a menudo, de mediciones teóricas y deficientes técnicos, tanto peor, porque su visión es unilateral, carece de amplitud.

Precisamente la política monetaria es íarribia piedra de toque de esto que digo. Nuestra política monetaria fué discreta en tanto estuvo en manos de políticos. La moneda fué subiendo o bajando un poco al tuntun de las circunsancias, y gracias a eso (ahora es posible verlo en perspectiva) ni nuestra economía ni nuestros precios sufrieron los vaivenes que en otras partes. Los políticos y hacendistas ignoros de aquel tiempo no sabían mucho de esto, y se dejaron guiar por su común sentido y quizás un poco por el *far niente*. Y nuestra eco-

nomía tuvo el régimen que le convenía, el régimen de moneda fluctuante propio de una producción básica muy variable y sometida a azarosas influencias meteorológicas.

Lo malo vino cuando la cosa se puso en manos de técnicos provistos de seductoras doctrinas. Desde ese momento empezaron nuestros tropiezos y malandanzas. No se hicieron más que esfuerzos por mantener ahetrojada nuestra moneda a un patrón inflexible, a un cambio invariable, adoptando como verdad inconcusa teorías incompletas que se habían creado a base de la experiencia de países industriales con economías cuyas necesidades y conveniencias son muy distintas de las nuestras, y cuya aplicación aquí había de aumentar nuestros males.

¡Cuántos desastres ocurridos luego, y no sólo en el orden monetario, han tenido su origen en esa política imprudente que anunció la crisis interior de nuestra economía e hizo cundir el malestar, campo abonado a siembras perniciosas!

Testimonio este de un teórico y de un técnico, en contra de los teóricos y de los técnicos en general, no se podrá tachar de parcial, sino en todo caso del de hombre que conoce el paño y no aspira a salirse de su modesto cometido. Ni su opinión es ciertamente improvisada, y circunstancial.

Los técnicos y los teóricos, a sus técnicas y a sus investigaciones. Los políticos, a gobernar. Un buen político no ha de ser un ignorante ciertamente, pero necesita una visión más general, más general y más generosa que la estrecha de un técnico; ha de ser un hombre más completo, formado en una disciplina de conjunto, de un gran sentido de la realidad, cosa muy distinta del teórico que, aunque de la realidad ha de sacar sus elucidaciones si no es un visionario, ha de seguir procesos de elaboración que le apartan de la mentalidad, no superior ni inferior, pero sí diferente, del buen político que acaso, como el poeta, nace y no se hace.

También aquí se nos presenta de nuevo, si quiera no sea ya en Economía, sino en Política Económica, el gran papel del hombre, esta vez con minúscula. A España no le habrán de faltar ciertamente en esta nueva etapa de su glorioso destino histórico.